

**“Eurídice, alma de Orfeo”**

Martha Irigoyen  
Universidad Nacional  
Autónoma de México  
México

**Introducción**

**E**n casi todas las grandes mitologías del mundo, aparecen narraciones que muestran diversos aspectos sobre la condición humana y, dentro de la mitología griega, un tema recurrente y casi exclusivo se refiere a la condición de los hombres en relación con los dioses, así como la expresión de aquélla en la forma de sacrificio. Los hombres y, especialmente, los héroes, llevan a cabo una serie de actos sobrenaturales y sus empresas prosperan gracias a la presencia y voluntad de los dioses. Son éstos quienes hacen importantes a los héroes, dotándolos de determinadas cualidades o defectos. Las acciones de los héroes o heroínas, así como las relaciones amorosas entre unos y otras, tienen que ver a menudo con la protección de un dios o una diosa, o inversamente, con la persecución por parte de alguno de ellos, para tomar alguna venganza.

Dentro de la gran variedad de temas que toca la mitología universal, encontramos el de la sucesión de estaciones fértiles e infértiles, a manera de metáfora que suple la referencia a los años de sequía que obsesionaban las mentes de los pueblos del oeste de Asia. Las deidades de la fertilidad que desaparecen, así como los intentos por recuperarlas del inframundo, son casi una obsesión en los mitos de Oriente próximo (sumerios, acadios, hititas y cananeos). Entre los griegos, baste pensar en los casos de Perséfone, quien es raptada por Plutón y recuperada cada año durante una temporada, y de Eurídice, esposa de Orfeo, de la cual tratará este trabajo.

## Las fuentes

Orfeo era el hijo de Calíope, la musa más frecuentemente mencionada como su madre. Su padre se dice a veces que era Apolo y, más a menudo, Eagro, un dios-río tracio. Acerca de su nacimiento no existen relatos, excepto una referencia, al final de las *Argonáuticas Órficas*, a la celebración del matrimonio de su madre con Eagro en una caverna de Tracia:

“De allí me encaminé de prisa a la nivosa Tracia, a la tierra de los libetrios, mi propia patria, y entré en la famosa caverna donde mi madre me concibió en el lecho del magnánimo Eagro”<sup>1</sup>.

Desde Homero y Hesíodo encontramos referencias a la expedición de Jasón y los Argonautas en busca del Vello de Oro, pero quedan sólo como referencias aisladas hasta la época de Píndaro (s. IV a. C.), quien nos da la primera mención de Orfeo como participante en dicha expedición. Además de esta narración lírica, que constituye sólo un episodio en el cuerpo de un poema cuyo objeto es la glorificación de un vencedor en los juegos Píticos, poseemos el testimonio de las *Argonautiká* de Apolonio de Rodas (ca. 240 a.C.) y Valerio Flaco (ca. 80 d.C.), que mencionan las aventuras de Orfeo con los héroes. Esto, con ocasionales referencias en algunos de los prosistas posteriores, constituye el total de los testimonios que poseemos sobre la presencia de Orfeo en dicho viaje.

Las fuentes sobre la creencia acerca de Orfeo antes del siglo VI a.C. son tan escasas, que es difícil determinar si originalmente se trataba de un espíritu del mundo subterráneo, al cual más tarde se añadió la romántica historia del descenso en busca de su esposa, o si se trataba de un seguidor e imitador de Apolo que tomó por esposa a una ninfa y para el cual el viaje al Hades para recuperarla era una aventura en regiones nada familiares. Aunque más tarde se hizo patrono de una religión que concedió gran importancia a la vida póstuma, dicho descenso al inframundo fue magnificado y convertido en causa de su conocimiento total del reino de los muertos, de modo que, en adelante, se le atribuyeron peculiares poderes como intercesor y consejero.

Entre dichos testimonios, encontramos la descripción que Pausanias hace sobre las escenas infernales.<sup>2</sup> Sin embargo, no existe mención de la presencia de Eurídice que pueda explicar la situación. Para algunos, puede ser que Orfeo tuviera, por así decirlo, algún privilegio o posición de derecho propio. Y si hemos de creer a Pausanias, ésta sería la más antigua

<sup>1</sup> Cf. E. NORDEN, *Orpheus und Eurydike*, S.P.A.W., XXII, págs. 626 a 683.

<sup>3</sup> *Alc.* 357 ss.

<sup>4</sup> *Symp.* 179 d.

<sup>2</sup> PAUS. 10.30.6.

constancia de la presencia de Orfeo entre los muertos. Sin embargo, es lo bastante tardía como para ofrecer la certeza de que el motivo personal conyugal haya sido añadido mucho antes de esa época.

Por otro lado, Eurípides<sup>3</sup> en el siglo V y Platón<sup>4</sup> en el IV, hablan del descenso de Orfeo en busca de su esposa, pero ninguno de ellos la menciona por su nombre. El testimonio siguiente inmediato, del poeta alejandrino Hermesíanax, la denomina Agriope ("de ojo o voz salvaje"), apelativo que sienta bien a una ninfa tracia con la cual podía considerarse que se había casado. Además, el nombre Eurídice ("que rige ampliamente") no es exclusivo de la esposa de Orfeo, pues aparece varias veces en la literatura griega: la *Kypria*<sup>5</sup> menciona a una Eurídice, esposa de Eneas. Así se llama también la esposa de Creonte en la *Antígona* de Sófocles. También se encuentra en el lamento de Bión, del siglo I a.C.<sup>6</sup>

Después de los alejandrinos, entre los poetas romanos Virgilio<sup>7</sup> y Ovidio<sup>8</sup>, encontramos el tema elaborado como una historia completa. Estos poetas debieron seguir, indudablemente, modelos literarios griegos que, no sólo no llegaron a nosotros, sino que, curiosamente, ni siquiera son mencionados en todas las fuentes de la literatura antigua que nos han llegado. Dichas versiones latinas pudieron haberse inspirado en elaboraciones helenísticas del tema. Sin embargo, el mito ya era conocido en el periodo clásico, según demuestran algunas menciones de Platón<sup>9</sup> y de Isócrates<sup>10</sup>, además del célebre bajorrelieve ático que data de la segunda mitad del siglo V, y de algunas representaciones más recientes provenientes de la Magna Grecia.

Como suele suceder, el estado de la documentación no permite emitir juicios categóricos, pero la total carencia de datos que tenemos sobre alguna elaboración poética del mito en la época clásica o arcaica parece justificar la sospecha de que éste vivió más que ningún otro dentro de la tradición oral.

### Orfeo y Eurídice

Dentro de la biografía de Orfeo, quizá el mito más célebre sea el que narra su descenso al inframundo por el amor de su esposa Eurídice, y quizá también forme parte de los vestigios prehistóricos más antiguos de la mitología griega. La hazaña del personaje que se propone rescatar a su amada del mundo de los muertos fue difundida en varias mitologías primitivas y, de hecho, se encuentra una fórmula similar sobre la pareja primordial en los más antiguos mitos japoneses.

<sup>5</sup> *Oxford text*, fr. 22.

<sup>6</sup> KERN, *test.* 62.

<sup>7</sup> *Georg.* 4, 453 ss.

<sup>8</sup> *Met.* 10, 1 ss.

<sup>9</sup> *Fedr.* 68,a.

<sup>10</sup> *Bus.* (11) 8.

A partir de una breve narración de dicho episodio mítico, en este trabajo presentaré mi personal interpretación acerca de la figura de Eurídice como motivo y sustento anímico de Orfeo.

Eurídice era una ninfa, quien, al pasear un día por la orilla de un río de Tracia, fue perseguida por Aristeo y, por huir de éste, pisó descalza algunas hierbas entre las cuales se escondía una serpiente venenosa. Al momento de recibir la mordedura, Eurídice cayó muerta. Abatido por la aflicción, Orfeo la siguió hasta la tumba, interpretando cantos fúnebres que conmovían profundamente los corazones de todos los que contemplaban la procesión. Más adelante, al no soportar la ausencia de su esposa, y decidido a recuperarla, Orfeo decidió marchar al reino de Hades, un lugar adonde sólo podían ingresar los muertos.

Al llegar a la laguna Estigia, Orfeo tocó una música tan conmovedora que el austero barquero Caronte, quien se encargaba de trasladar en su barca las almas de los muertos, se olvidó de verificar si Orfeo portaba la cuota requerida, y sin cuestionarlo lo condujo hasta los fríos territorios de Hades. Incluso Cerbero, el can de tres cabezas que custodiaba las puertas de la muerte, quedó amansado por la dulce música que emitía la lira de oro de Orfeo. Y así fue como éste logró internarse en el mundo de las sombras sin problema. Al llegar ante Hades y Perséfone, el rey y la reina del inframundo, Orfeo se arrodilló rogando con sus melodías que a Eurídice se le permitiese regresar junto con él a la tierra de los vivos. Perséfone musitó una palabra en los oídos de su esposo, y la lira de Orfeo quedó interrumpida por una voz profunda y sonora. Los reinos de Hades quedaron en silencio para escuchar las palabras de éste, quien aseguró a Orfeo que, en efecto, podría regresar al mundo superior seguido de su amada Eurídice, como si fuese su propia sombra, con la única condición de que en ningún momento volviera la vista atrás sino hasta después de haber salido al aire libre.

Orfeo, sobrecogido y agradecido, dio la espalda al trono de la muerte y se abrió paso a través de las frías sombras, hacia el débil resplandor que señalaba el camino que conducía al mundo de la luz solar. Atravesó salones silenciosos, donde sólo se escuchaba el eco de sus pisadas resonando tétricamente, mientras avanzaba hacia el exterior. Sin embargo, a medida que se aproximaba a su destino, justo cuando estaba a punto de llegar a la luz, se sintió afligido por una duda que lo oprimía. ¿En verdad vendría Eurídice detrás de él? ¿Y si Hades lo hubiese engañado? No pudo evitarlo. Se dio vuelta, y en ese mismo instante vio cómo Eurídice desaparecía, con los brazos extendidos en actitud suplicante, muriendo por segunda vez. En esta ocasión las puertas del inframundo permanecieron cerradas para él, de modo que tuvo que regresar solo e inconsolable al mundo de la luz, en el que durante muchos años no brillaría el sol.

Después de este pasaje sobre el descenso de Orfeo al inframundo y su ascenso al mundo de los vivos, el mito nos narra cómo éste, apesadumbrado totalmente por la pérdida fatal de Eurídice, es decir, la pérdida de su sustento anímico, se abandona a la soledad rechazando todo contacto con otras mujeres, hasta que, según la versión más corriente del mito, la diosa Afrodita cobra venganza e infunde una violenta pasión por él en las mujeres tracias, quienes no queriendo cedérselo mutuamente, lo destrozan. Así, una vez fragmentado su cuerpo en pedazos, éstos fueron arrojados al río que los arrastró hasta el mar. La cabeza y la lira del poeta llegaron a Lesbos, cuyos habitantes tributaron honores fúnebres a Orfeo y le erigieron una tumba de donde, a veces, salía el son de una lira. Por eso la isla de Lesbos fue la tierra por excelencia de la poesía lírica.

En los años sesenta el historiador Ake Hultkrantz llegó a recoger en la América septentrional hasta doscientas versiones diferentes del mito—provenientes, a su vez, de registros de misioneros jesuitas desde el siglo XVII— y ofreció su propia interpretación: el viaje al mundo de los muertos podría ser, originalmente, un viaje chamánico. Si el mito quisiera justificar la búsqueda del alma perdida como práctica chamánica, entonces la desproporción entre empresas fallidas y empresas cumplidas no se podría explicar. Sin embargo, en otro sentido, puesto que una función muy importante del chamán consiste precisamente en la recuperación del alma perdida, la fundamentación del mito de Orfeo es del todo plausible. Así pues, es muy posible que el tema mítico, que originalmente muestra la separación entre vivos y muertos, haya sido utilizado en ambientes impregnados de una ideología chamánica, de modo que, si trasladamos estos testimonios de lo que sucedió no sólo en América, sino en otras culturas del viejo mundo que conocían el chamanismo, tal vez tengamos la explicación del por qué en el mito griego el protagonista es Orfeo, el cantor. Con su canto, él -al igual que los chamanes- ejercita poderes extraordinarios: no sólo subyuga a los animales y plantas y mueve las rocas y los montes, sino también encuentra acceso al inframundo.

### Las enseñanzas del mito

**E**l mensaje fundamental de este episodio del mito de Orfeo es la separación ineludible entre vivos y muertos. Dicho pasaje pulsa una cuerda en lo más profundo de nosotros, pues suscita la esperanza de que quizá sea posible engañar a la muerte, hacer a un lado la pérdida inevitable y, de alguna manera, recuperar al ser amado. Pero el mito mismo prueba el dogma sobre la imposibilidad de evadirlo, mediante una demostración práctica. Que los mortales no pueden, por regla general, ser recuperados de la muerte, se demuestra con este mito sobre cómo, cierta vez, alguien *casi*

consiguió contrarrestar sus efectos; pero al fin se confirmó la fragilidad humana que, en este caso, significó la muerte.

En cierto sentido, la música de Orfeo resuena en nosotros porque, al igual que él, sentimos, quizás no conscientemente, que podemos ser excepciones. No deseamos creer que semejante estado de terrible aflicción o tristeza no pueda ser evitado, y que las experiencias de separación y pérdida no hacen distinciones entre los seres humanos, por muy meritorios que sean. En el mito, Orfeo tiene tanto talento, que -pensamos- podría ser la excepción a la regla.

Al principio, las oportunidades de Orfeo parecen ser alentadoras, pues su música hace que personajes tan duros como Hades se ablanden. Y no obstante, en el último momento, la duda lo invade y se vuelve. ¿Podríamos pensar qué hubiera sucedido si no hubiese mirado atrás? Sí, aunque en lo más profundo sabemos que era inevitable, porque el mito nos presenta a Orfeo como un ser humano y, como tal, incapaz de tener esa confianza absoluta en lo invisible.

La historia de Orfeo y de Eurídice, su amor perdido, nos enseña que, como seres humanos, estamos destinados a encarar la pérdida y la muerte. Lo que tienen de humano Orfeo y Eurídice es lo que hace inevitable su sufrimiento, pérdida y muerte. La naturaleza de la muerte de Eurídice subraya la injusticia y lo impredecible de la vida, de la cual la muerte es una parte inevitable.<sup>11</sup>

Indudablemente este mito contiene una paradoja muy inquietante: no debemos mirar hacia atrás, porque al hacerlo volvemos a sufrir la aflicción y la pérdida. Sin embargo, si no nos volviéramos para mirar, ¿en verdad, podríamos engañar a la muerte? ¿Existirá algún humano, en efecto, capaz de no volver la vista atrás? Quizá, si comprendemos la prometida “resurrección” de Eurídice podríamos atisbar un destello de la sabiduría oculta en este mito.

Cuando, afligidos en algún momento y preocupados con afán por reconstruir el pasado, miramos hacia atrás pensando en el consabido “si hubiese... (o “si no hubiese...)”, inevitablemente elaboramos una nueva representación de nuestra aflicción y nos sentimos invadidos por la impotencia ante lo inevitable. En cambio, si aceptamos que hemos perdido y nos perfilamos hacia el futuro, entonces aquellos que se han ido estarán para siempre con nosotros, porque los recordaremos con alegría y amor. Los recuerdos de aquellos a quienes hemos amado y cuyo amor nos ha marcado de algún modo, no pueden ser destruidos.

<sup>11</sup> Piénsese también en la historia cristiana sobre la crucifixión de Jesús, que nos muestra que la duda es inevitable, y que ha de

llegar el momento, nacido de un dolor extremo, en el que la fe desaparezca y prevalezca la oscuridad.

Quizá podamos dar un significado más profundo a la figura de Eurídice: no se trata de un ser muerto por fin resucitado, sino de una parte vital de Orfeo: su alma. El alma que es capaz de descender al mundo de las tinieblas en busca de respuestas y explicaciones a las injusticias de la vida y que, guiada por la esperanza, vuelve a ascender al mundo de la luz.

Puede que sea inevitable que, después de sufrir una pérdida, vivamos en la oscuridad durante algún tiempo y tengamos que superar esas etapas de la aflicción que siguen su propio ritmo cíclico. La aflicción constituye un proceso complejo y puede implicar cólera, desesperación, idealización, negación, remordimiento, sentimiento de la propia culpa, inculpación de los demás y momentos de depresión y de adormecimiento, antes de que la vida comience a fluir nuevamente en nosotros.

Por suerte, no se trata de un proceso permanente, ya que el dolor puede surgir y apoderarse de nosotros en los momentos más inesperados, pero debemos estar preparados para recibirlo. Este puede ser también un modo de comprender el mandato de Hades de "no mirar hacia atrás", pues, si lo hacemos, lo único que logramos es detener el proceso de aflicción, el cual lleva consigo un potencial curativo, siempre que se le permita seguir su propio ritmo. Solemos sentirnos incómodos cuando otros se conduelen durante más tiempo que lo que consideramos necesario para nosotros. Tenemos un concepto de lo que deben durar estos estados y de lo que debemos sentir respecto a los seres que hemos perdido. Sin embargo, cada persona es diferente, y el proceso se materializa de forma distinta en cada uno. El dejar de mirar atrás requiere que desechemos la creencia ciega de que la vida tendrá alguna concesión para con nosotros, y que aceptemos el proceso natural de llorar la muerte, por más prolongado que éste sea y a pesar de las emociones inaceptables que despierte en nosotros. Finalmente, habremos de superar la aflicción para descubrir que la aceptación serena, y no la resignación amarga, es lo que permitirá a la vida fluir internamente una vez más.

*Euridice, Orpheu's soul*

*The myth of Orpheus and Euridice touches a sensitive chord deep in our souls, for it shows that the loss of our dearest ones is part of our destiny. Euridice's presence in Orpheus' life underlines the unfairness and the unpredictable of life itself, of which death is an inevitable part. At the beginning, Orpheus is encouraged to descend to the underworld to rescue his loved one, his own soul. However, his human weakness turns his ascension to the surface into his own ruin. In this myth, the fact of not turning around is more than a metaphor: it's a lesson for the soul whose purpose is that of stopping the process of grief and bitter resignation in order to open the way to the calm acceptance of the cycle of life.*